

SUSÍN, Raúl, y SAN MARTÍN, Daniel (coords.), *De identidades: reconocimiento y diferencia en la modernidad líquida*, Tirant lo Blanch/Universidad de La Rioja, Valencia, 2008, 398 pp.

Inmersos en lo que ha dado en llamarse la *modernidad líquida* –o *posmodernidad*–, el libro *De identidades* –en el que Raúl Susín Betrán y David San Martín Segura coordinan una decena de aportaciones procedentes de las jornadas desarrolladas en la Universidad de La Rioja en 2006– supone un modo de constatar la volubilidad de nuestros tiempos en torno a un concepto clave. Y es que las sustancias manejables en esta *posmodernidad* han alcanzado un grado tal de *liquidez* que el contenido de palabras como *identidad* es asumible por lógicas tan diversas como las que proponen los autores convocados en este libro. En cierto modo, la heterogeneidad ofrecida por estos filósofos, sociólogos y juristas encierra en sí misma la paradójica integridad de nuestra época, una época en la que la inversión política en el individuo –como entidad abstracta– ha sido de tal calibre que éste corre el riesgo de ser despojado de todo tipo de coyuntura, quedando desnudo y solo entre miles de millones de otros individuos, en una eterna búsqueda (des)esperanzada de identidades provisionales. La paradoja de nuestra época radica, por tanto, en la sostenibilidad que proponen las contradicciones constantes en las que se mueve el sujeto actual, una dialéctica que le mantiene vivo y al borde de un ataque de nervios.

De este modo el libro *De identidades* está compuesto por una serie de aportaciones tan diferentes entre sí como clarividentes en su totalidad, ya que dan cuenta de una realidad que ya no se piensa como una homogeneidad tributaria de una sola razón, sino como una complejidad sin resolver y, según algunos, sin resolución posible.

No hay, por tanto, un criterio unánime sobre la sustancia que da solidez al concepto *identidad*. Quizás sólo pueda hablarse de la *liquidez* que recorre el término, de modo que el individuo no acaba de saberse nacional, ciudadano, migrante, proletario, víctima, etc.... Los autores aquí reunidos congelan muchos de esos momentos efímeros para calibrar su relevancia, para ponderar la relativa centralidad de cada elemento y, en definitiva, para buscarle cierta solidez sustancial al concepto, ya que éste sería el modo clásico –razonable– de extrapolar enseñanzas básicas para la acción social en alguno de los muchos ámbitos posibles.

Así el libro se estructura en tres grandes bloques: En el primero de ellos, bajo el epígrafe «significados sociopolíticos de la identidad», los coordinadores proponen un campo en el que desenmarañar conceptos convergentes, en el que dar cierto equilibrio a las dimensiones individual y colectiva del ser humano, en el que poder describir –con cierta vocación sintética– la complejidad desalentadora que acompaña al término *identidad* en los *tiempos líquidos*.

En el segundo bloque propuesto se plantea un ámbito para formas localizables de la identidad, para momentos tangibles de aquella liquidez en los que poder conformar cierta firmeza sobre la que pisar y activar los mecanismos políticos y sociales correspondientes.

Un tercer bloque presenta elementos mucho más palpables: materiales de trabajo, casos específicos para repensarlo todo, como el itinerario hacia la propia identidad a través de la asociación «gays y lesbianas de aquí» (GYLDA) y otras polémicas identitarias mostradas en el cine, el arte que

mejor ha retratado la sociedad actual en su marco de movimientos, en su fluidez de fotogramas.

Así, en la primera de las aportaciones, Ernesto Garzón Valdés aborda el asunto a través de la diferenciación entre identidad individual y colectiva, conflicto para el que propone una vía resolutive mediante la apelación a la tolerancia como *ratio* fundamental.

La aportación de Garzón Valdés propone, en primer lugar, un muestrario de opiniones de distintos autores sobre la relación y tensión entre el individuo y la colectividad circundante, rescatando la opinión de Wieseltier para recordar que, en ocasiones, la invocación de la comunidad es un modo de «idolatría de los orígenes» (p. 40). Así el autor deslegitima lealtades decimonónicas o «culturas parroquiales» como medio para alcanzar el desarrollo de una identidad individual plena (p. 44).

Desde estos presupuestos Garzón Valdés aborda la relación entre el origen étnico o la confesión religiosa y la formación de colectividades, fundamento de una concepción ideal del multiculturalismo actual. El autor pone a prueba esta concepción ideal contrastándola con una serie de casos concretos para, en los desajustes, calibrar la magnitud de lo tolerable. Así, a través de casos conocidos como la lealtad castrense de musulmanes en un ejército de cruces cristianas o el velo islámico en las escuelas, el autor analiza los dilemas prácticos que, amparados en un cierto multiculturalismo ideal, vienen generándose en nuestra sociedad actual. Trata, por tanto, Garzón Valdés, de discernir los puntos de apoyo culturales, colectivos, de los puntos de apoyo morales en la confección de argumentos en pro y en contra, ya que ésta es una confusión constante, según el autor, promovida por quienes segmentan la sociedad fomentando la salvación y conservación de todo vestigio cultural como parte del ideal multicultural.

Es en este contexto en el que Garzón Valdés se sirve del concepto «tolerancia sensata» (p. 66) para distanciarse del «relativismo cultural» que, por extensión, asume como legítimas las morales anejas a cada cultura. Se trata, dice el autor, de encontrar unas «razones puente» (p. 69), razones de tolerancia como las propuestas en la génesis de los derechos humanos: la autodefensa y la consideración por el semejante. En el desarrollo de estos principios, en su expresión jurídica, radica el límite de las diferencias culturales en opinión de Garzón Valdés.

En la segunda aportación García Inda nos advierte, por su parte, del desajuste formal que se genera al dotar de derechos a un colectivo –como sujeto realmente existente–, «habida cuenta del carácter individual del derecho subjetivo desde el punto de vista de su lógica formal» (p. 77). El autor vincula este conflicto a la polémica que en el plano teórico enfrenta al liberalismo con el comunitarismo, resolviendo que sólo podrá obtenerse una síntesis reconciliadora aceptando la «doble verdad». Esta «duplicidad valorativa» –en palabras de Thiebaut (p. 79)– debe sustanciarse en la solidaridad que, de una parte, se deduce de la visión holista de la sociedad que hizo la modernidad, así como de la tolerancia que exige la tradición liberal a través del reconocimiento del individuo.

García Inda advierte igualmente que con la crisis del Estado-nación se quiebra la homogeneidad creada; el individuo y el Estado dejan de ser las únicas referencias subjetivas y florecen ámbitos culturales distintos, florece la diversidad de medios en los que ratificar una identidad concreta, de modo que –*mutatis mutandi*– el derecho, como sistema social, asume esta nueva

complejidad a través de los derechos colectivos, de titularidad múltiple, sintéticos, etc.

Andrés García Inda cierra su aportación con dos epígrafes dedicados a «cuestiones de concepto» y «cuestiones de justificación», respectivamente, renegando de quienes se rinden a la complejidad y no aceptan ningún tipo de conformación ficticia de creaciones de sentido, incluidas las entidades colectivas. En el último epígrafe recorre tres tesis fundamentales que ponen en tela de juicio la justificación de los derechos colectivos (la de la *futilidad*, del *riesgo* y de la *perversidad*), concluyendo que no pueden darse respuestas generales, sino que deben analizarse los intereses y necesidades del caso, gestionando los derechos colectivos de modo que contribuyan al desarrollo más pleno de los derechos individuales.

Diego Bermejo Pérez, por su parte, localiza la sociedad actual en las coordenadas que marcan la pluralidad y la complejidad, de modo que las identidades desarrolladas no pueden sino estar vinculadas a esas mismas coordenadas. Sin embargo, las interpretaciones que se realizan sobre la pluralidad de las identidades resultan en ocasiones un tanto timoratas, apocadas ante la *exigencia de la posmodernidad*. Así el autor reconoce tres «modelos teóricos para pensar la pluralidad» (p. 104): el *pluralismo relativo*, el *pluralismo absoluto* y el *pluralismo radical*. Los dos primeros –si bien con diferencias sensibles– se desarrollan desde planteamientos «extrinsecistas» (p. 104) que deducen al individuo de una preconcepción cultural, por muy plural que ésta sea. El último –el *pluralismo radical*– se desarrolla sobre una base «intrinsecista, es decir, internaliza la pluralidad» (p. 105), de modo que un individuo puede gestionar, contrastar y reciclar constantemente su propia identidad personal. En opinión de Bermejo Pérez, nuestra sociedad carga aún con la inercia del «paradigma unitarista» (p. 105), con el prejuicio de la modernidad, podríamos decir, aquella que creyó poder explicarlo todo (y así devino totalitarista) a golpe de razón.

La *posmodernidad* se ha implantado con la fuerza de su ausencia de verdades originarias y, por tanto, debemos pensarnos a nosotros mismos en esa lógica. Bermejo asume así el modelo de la *identidad transversal* como el significante más apropiado para las identidades en estos tiempos, asumiendo el comunitarismo como una «contingencia necesaria pero no suficiente» (p. 105). De hecho, Bermejo advierte de la necesidad de repensar el mismo concepto de *cultura* en tanto que éste ya no puede basarse sobre las viejas claves cartesianas y mucho menos puede reducirse a los engendros románticos decimonónicos. Cualquiera que sea el *monoculturalismo –universalista o pluralista–* ambos se basan en un concepto *monista esencialista* que, a estas alturas de la *posmodernidad*, debe ser superado por una «pluralidad genuina»: la *pluralidad radical*, «interior a toda forma cultural» (p. 110).

Bermejo descarta en esta lógica las fórmulas que han tratado de dar cuenta de cierta pluralidad cultural, como la *interculturalidad*, el *multiculturalismo* o el *regionalismo universalista*. A todas ellas se les puede achacar alarmantes faltas de precisión definitoria en un mundo tan fluido como el que marca la *posmodernidad*, además de apriorismos propios de (pre)concepciones hoy en día poco útiles. Rescata el autor, continuando la línea ya esbozada, la *pluralidad transversal* como modo de entender realmente el cruzamiento *inter e intra-cultural*, concepto existencialista que deja atrás las viejas ataduras esencialistas.

Sobre estas bases el autor vislumbra una posibilidad para la ética posmoderna, una ética de la pluralidad que resume de este modo: «antifundamenta-

lismo autocrítico hacia dentro y reconocimiento de la diferencia hacia fuera» (p. 128). Sólo queda por apuntar hacia dónde nos llevaría una adaptación interior tan *disciplinadamente libre* a la fluidez de la *posmodernidad*, preguntarnos cuál es el alcance de esa ética sobre la que escribe Bermejo Pérez y si ésta es una opción realmente libre o una inducción conveniente más.

En cierto modo, Castor Bartolomé Ruiz, quien firma la siguiente aportación, ofrece algo de luz a estas cuestiones que quedan en el aire. El autor trata de poner en relación el proceso de constitución de identidades con una cierta dinámica social global. Propone, por tanto, una interpretación de la reconstrucción identitaria en la *posmodernidad* en clave sociológica, en función de los intereses de control. Ejemplo paradigmático de este vínculo lo encontramos, según apunta el autor, en el modelo político colonialista y su promoción de la razón iluminista como esencia humana sustanciada en la cultura occidental. De esta idea se infirió durante décadas la legitimación necesaria para muchas de las intervenciones del Estado-nación occidental en el resto del mundo, lo que pone de manifiesto la vinculación entre la constitución de un tipo de identidad y su instrumentalidad social y política.

Esta concepción esencialista del ser humano entra en crisis, como decía en la anterior aportación Bermejo Pérez. Sin embargo, dice Bartolomé Ruiz, esta crisis no debería implicar necesariamente un nihilismo tal que prescindiera de cierto «auto-reconocimiento del sujeto [...] una cierta naturaleza humana». (p. 151). Tal vez así, sugiere el autor, se incrustarían ciertas cuñas resistentes a lo que puede suponerse una fórmula de control; y es que las nuevas formas de dominación «producen, principalmente, modos de subjetivación [...]. Los sujetos que se identifican con tales referencias simbólicas interiorizan como propias las demandas del sistema y con ello se sujetan de forma *libre* y flexible a las exigencias de sus instituciones» (p. 158). Es decir, frente a la propuesta del profesor Bermejo de una ética posmoderna adaptable con cierta inmediatez a la *liquidez* de nuestros tiempos, el profesor Bartolomé sigue apostando por un cierto anclaje iluminista que denuncie aquella adaptabilidad del sujeto en términos de estrategia política; y tal vez, podemos apuntar, lo que hace sospechosa a esa ética posmoderna es que viene siendo ampliamente promocionada desde los principales centros de poder, que ignoran la idea de que «el sujeto no puede ser reducido a una esencia pero tampoco puede ser diluido en su existencia» (p. 172).

Así, retomando a Marx, Bartolomé Ruiz reivindica la vinculación existente entre la creación de sentido por parte del sujeto (incluido el sentido reflexivo) y las condiciones materiales de existencia. Si bien no se trata de una vinculación determinista y unidireccional (como propone parte de la ortodoxia), esta concepción sí deja al descubierto la inversión de las sociedades capitalistas «en la fabricación de subjetividades» (p. 178). Finalmente, en un modo de dejar abierta su perspectiva sobre la mutualidad entre el individuo y su entorno, el profesor Bartolomé Ruiz remite a la relación *agónica* entre la sujeción y la emancipación en el sujeto, apuntando las dificultades constantes en cada ser humano por discernir las combinaciones correctas entre adaptación o protesta, cautiverio o autonomía.

La segunda parte del libro lleva por título «Formas de identidad e identificación» y trata de ofrecer versiones más concretas desde los significados conceptuales esbozados en la primera parte. En ese intento el profesor José María Aguirre Oraa expone una forma de identidad que, en su opinión, se infiere al aunar –mediante una «perspectiva nacional abierta, democrática y solidaria» (p. 191)– las tradiciones decimonónicas francesa y alemana en

torno a los conceptos de individuo, nación y pueblo. De este modo, combinando con precisión el esencialismo humanista francés y el historicismo conformador de culturas objetivas alemán, el profesor Aguirre recompone una postura adaptable a la realidad globalizada de nuestros días –al menos formalmente– y que sustancia en una cierta *moral cultural*. Aguirre se resiste a ceder definitivamente a los historiadores los lemas de la modernidad y considera, con Kant, que es labor de la filosofía hacerlos valer en la política. En esta línea el profesor Aguirre ratifica las palabras de Vasak –«la autodeterminación es a los pueblos lo que la libertad a los individuos» (p. 215)– y traslada los peligros de este asunto a la rigidez de los Estados constituidos. Es a través de esta traslación del centro de gravedad a los pueblos –en tanto que entidad realmente existente– como Aguirre Oraa considera que debe desarrollarse la democracia y el progreso, sin necesidad de deber definir el concepto de pueblo en clave folclórica, sino como comunidad solidaria y abierta, retomando los viejos lemas iluministas de una hermandad universal. El único modo –la utopía, según Aguirre– de no anquilosarse ante las nuevas exigencias globales. Un modo seguro –según algunos autores posmodernistas– de anquilosarse por completo.

En la siguiente aportación, Oriol Barranco Font se ocupa de la identidad obrera y de las metamorfosis sociales que han puesto en crisis la forma clásica de aquella identidad; crisis, por otro lado, que no empaña algunos presupuestos básicos en opinión del autor: los obreros no sólo continúan existiendo –frente a interpretaciones relativistas–, sino que además el de los trabajadores sigue siendo el grupo social mayoritario en las potencias democráticas occidentales (concretamente en España). Partiendo de estas bases, el autor aborda la terminología empleada en este asunto para dar cuenta de la complejidad sobrevenida: diferencia así «cultura proletaria» de «identidad proletaria» (p. 235), término este último para el que se hace necesario el carácter de membresía, cuya aplicabilidad se ha hecho más compleja con las transformaciones sociales de las últimas décadas. Estas mismas transformaciones son las que, en opinión de Barranco Font, han invalidado la sinonimia entre proletario y asalariado, ya que en la sociedad posmoderna occidental –basculante hacia el sector terciario y en la que se viene conformando un ejército de mandos intermedios– ya no puede aplicarse tan fácilmente la lógica marxiana de propietarios y no propietarios de los medios de producción.

Los cambios en el conjunto de los asalariados, en los modelos de empleo, en la operatividad de la empresa, etc., han generado en estas últimas décadas una grave crisis en la identidad obrera, siendo cada vez más complicado reconocerse como miembro de esta clase. Y en esta trama se urde la actual crisis ideológica de los movimientos obreros, así como la de la operatividad de sus partidos y sindicatos, configurados ya como centros de poder administrativo antes que como catalizadores de una identidad colectiva común. En estas circunstancias el autor concluye apelando a un proceso de «reestructuración» de la clase (p. 269), una reinención de la misma que retome la identificación colectiva perdida.

La aportación de Joaquín Giró Miranda se centra en la construcción de la identidad entre los adolescentes hijos de la inmigración. A la ya de por sí dificultosa configuración de la identidad en la adolescencia, el hijo de inmigrantes debe calibrar opciones disociables a veces incluso hasta el antagonismo: la cultura de sus orígenes, de su familia, y la cultura del lugar en el que vive, de sus amigos. En este cruce de sentidos el adolescente puede sentirse, dice Giró, desorientado. Las confrontaciones clásicas entre padres y amigos,

familia y escuela son cruzadas por confrontaciones de aún mayor calado: conflictos entre culturas que emborronan cualquier posibilidad de referente claro. Ante esta situación el profesor Giró proyecta tres posibilidades de respuesta por parte del sujeto implicado: una defensiva respecto de los orígenes (que puede incluso degenerar en una exacerbación fundamentalista), otra belicosa con respecto a la propia familia (en cuya herencia racial o religiosa el adolescente localiza buena parte de sus dificultades) y, finalmente, la opción virtuosa capaz de armonizar los cruces opuestos. Para que esta tercera opción se convierta en la más constante de todas, los adolescentes, apunta Giró Miranda, necesitan referentes sólidos por parte de la sociedad hasta el punto de configurarse como *verdadera* sociedad multicultural.

María José Bernuz Benítez ofrece una versión de la identidad en clave de los riesgos que caracterizan la nueva ordenación de la sociedad posmoderna. De tal modo la caracterizan que el proceso de individualización que viene produciéndose a todos los niveles resuelve al hombre, según la profesora Bernuz, como un riesgo para el hombre. Frente a la intervención del Estado mediante una estrategia ordenada, la vida económica y social cada vez se descifra más en acciones individuales en las que importa, sobre todo, la propia protección frente a los riesgos generados por otros. Ante este panorama, afirma la autora, nuestra sociedad celebra la *victimización*, ya que la actividad política se dirige, cada vez más en exclusiva, a la reducción de riesgos individuales en lugar de a la localización de problemas colectivos. De este modo, desde este *miedo al otro*, nuestras vidas son orientadas por la autoprotección en detrimento de la lucha colectiva por los derechos comunes. Nuestra identidad, por tanto, se vincula, cada vez con más precisión, a nuestra propia integridad, más allá de otros factores sociales. Es así como, ante la lluvia de sucesos en las noticias, nos sentimos identificados con las víctimas y nunca con la posibilidad de vernos arrastrados socialmente al papel de delincuentes.

La autora concluye su aportación apuntando la insostenibilidad de una identidad fundamentada en el miedo y denuncia la promoción política y económica interesada de esta dinámica.

En la última de las aportaciones, la profesora María José González Ordovás incide en las prácticas políticas tendentes a separar como estrategia social. Así el concepto de *los otros* se configura como una referencia constante que la autora analiza en función de las claves figurativas de Foucault: *convenientia*, *aemulatio*, *analogía* y *simpatia*. Quienes no puedan asimilarse a estas figuras quedan en la marginación, componen el núcleo de *los otros*. Y así, con esta criba siempre presente, la cuestión ya estructural de la inmigración, dice González Ordovás, queda como una eterna coyuntura pendiente siempre de enfocarse desde una visión integral.

Estas cuestiones tienen un reflejo evidente en el paisaje cívico, en la ciudad, en el urbanismo que desarrolló las periferias obreras en las grandes ciudades, una reordenación higiénica de un problema acuciante pero símbolo, en definitiva, de una identificación negativa.

En los últimos años, inmersos en un proceso de individualización intensivo, se proyecta un urbanismo fundamentado en la privación de espacios públicos, en la construcción desmesurada de zonas privadas en las que desarrollar la vida mirando de reojo si alguno de *los otros* pretende allanar nuestra morada, esa en la que viven los nuestros.

El libro se cierra con dos materiales de trabajo: En «la construcción identitaria como forma de emancipación» el colectivo Gylda de Logroño (gays y

lesbianas de aquí) repasa el itinerario que en los últimos años ha conformado un modo de identidad (individual y colectiva). Por último, los coordinadores del libro nos proponen un modo de «pensar la identidad a través del cine», concretamente a través de dos películas: «El hombre elefante», en la que David Lynch expone un modo de *otredad* casi obscena, y «Boy's don't cry», en la que se aborda la complejidad, cada vez más manifiesta, que rodea el asunto de la identidad sexual. Se ofrece también una lista de películas que ayudan a ilustrar otros tantos temas relacionados con *identidades*, lo que da cuenta de la complejidad del asunto, de su susceptibilidad para ser analizado desde muy diferentes puntos de vista y –por volver a la metáfora de Bauman que subtitula el libro– de la *liquidez* en la que se mueven los conceptos con los que tratamos de comprender la sociedad actual. Sirve a este propósito el glosario de términos sobre identidad que ofrecen los coordinadores en las últimas páginas del libro.

Sergio PÉREZ GONZÁLEZ
Universidad de La Rioja